

10. Madrid 2019: Replicantes de academia

137

El Madrid del futuro ya tiene quien lo describa: *Cíclope*, el primer cortometraje español con actores rodado íntegramente en escenarios virtuales en 3-D. Desde los primeros planos el espectador advierte que se trata de un tributo a la gran película de culto, *Blade Runner*. Aquí se presenta como “*Madrid futurista* con taxis voladores, lluvia, bruma, pesimismo, muchos focos luminosos y los sempiternos carteles en japonés. Una desolada y peligrosa urbe futurista”, según reza el *trailer*.

Cíclope comienza de modo muy parecido al filme de Ridley Scott: con un *establishing shot* en picado que muestra una visión nocturna de la megalópolis futura, tal como se le aparecía a los ojos de los replicantes venidos del espacio exterior. El zoom inicial mostraba una urbe tachonada de luces y llamaradas emitidas por las chimeneas, tan inmensa que ocupaba todo el campo visual y sobre la cual se destacaba la pirámide gigante de la Corporación Tyrell. El homenaje español repite la pauta al enseñar un tejido urbano dominado por un coloso con pistas de aterrizaje en la cima. Sólo le faltan unos replicantes castizos, nostálgicos de las naves ardiendo más allá de Orión.

Cosas de cineastas. A nosotros, por el contrario, se nos antoja que si acaso en el año 2019 un replicante descendiese del cielo nocturno sobre Madrid, divisaría un panorama similar al de los años anteriores: una gran profusión de luces desparramadas por una meseta que desciende en suave pendiente hacia el sur y se eleva más acusadamente hacia el norte, hacia las faldas de la sierra sembradas de chalecitos. A sus pies se extenderá una ciudad de edificación más bien baja, salpicada por unas pocas torres erigidas tras la superación del largo bache de la *crisis del ladrillo*. Un racimo de rascacielos que roza las sesenta plantas de altura —muy por debajo de los setecientos pisos del cuartel del Dr. Tyrell— simboliza el poderío de los grandes campeones de la economía local: Caja Madrid, Repsol, Sacyr-Valler-

moso, BBVA, Telefónica..., en cuya cúspide no esperemos encontrar científicos o tecnócratas, pues allí reinan los habituales abogados, economistas e ingenieros de calva lustrosa.

De venir de día, el viajero no verá helipuertos en los techos de los rascacielos sino una mirada de destellos lanzados por las placas solares que han colonizado las azoteas. Por mandato europeo, desde el 1 de enero de 2019 todos los inmuebles nuevos generan la energía que consumen sin emitir gases nocivos. A un edificio ya no le basta con ser *inteligente*; debe ser *ecologically-friendly* también. La edificación bioclimática, un concepto acuñado en 1973, se ha hecho ley. Por esa misma razón, no divisará ninguna humareda de origen fabril: todas las chimeneas tienen filtros.

Si el visitante llegase en avión -no se vislumbra otro vehículo de transporte aéreo de pasajeros para la próxima década-, apreciará el entramado rectilíneo de las luces de Barajas y, frente al morro del avión, las pistas de aterrizaje señaladas por hileras paralelas de lucecitas. Percibirá de un vistazo la gran cantidad de aviones aparcados, o esperando la orden de despegue, que amenaza con desbordar la Terminal 4. La congestión es el resultado del continuo abaratamiento de los pasajes y de la mayor duración de los vuelos, consecuencia a su vez de la disminución de la velocidad de crucero impuesta por el Tratado de Reykjavík sobre emisiones de aeronaves.

138

Una vez en tierra, sabrá por una de las tantas pantallas colgadas del techo que se habla ya de crear otra terminal, la T5, para descongestionar el más transitado aeropuerto de Europa. La cola en Migraciones le recordará que para los extracomunitarios el trámite de ingreso dista de haberse abreviado; en cambio, los europeos con DNI electrónico pasarán en un santiamén con sólo apoyar el documento contra un lector de identificación. Nuestro viajero no se verá sometido a un test de retina Voigt-Kumpf, pero igual deberá sostener el escrutinio de un guardia civil bigotudo, que tras estudiar con desconfianza la invitación de una institución local, le sellará su visa por diez días (las restricciones inmigratorias han acortado al máximo los permisos de ingreso a la Europa de los 29).

Sorteados los controles, el viajero se encaminará a la salida. Pasará delante de un kiosco abarrotado de revistas ultra-especializadas y *pasquines*, el formato que ha sustituido a la mayoría de los periódicos, reducidos a unas pocas cabeceras para la elite. Los pasquines son publicaciones monográficas de una única edición, con pocas páginas, fotografías impactantes y textos breves que sintetizan las diversas aristas de cualquier asunto que suscite un interés puntual y efímero (desde el nuevo implante mamario de la ministra de Sanidad hasta el acoso sexual practicado por los ejecutivos de Endesa en Argentina). De un vistazo se entera del tema del día: los coletazos de los *papeles de Defensa*, los escandalosos documentos secretos sobre el bombardeo de civiles por las tropas españolas en Ceilán, colgados en la Red por un hacker. Todos hablan de conspiraciones; unos apuntan a un contubernio de la oposición y los servicios de inteligencia; otros hablan de una conjura gubernamental con India. Las primicias han dejado de ser

un asunto exclusivo de los periodistas, piensa el viajero; el periodismo se ha vuelto glosa de las revelaciones de otros. El funcionario descontento ya no llama a su contacto en la prensa; se limita a soltar su *bomba* por Internet.

En la parada de taxis no le aguarda ningún vehículo volador. Tales artefactos son un homenaje cinematográfico a las convenciones de la ciencia ficción. En el año 2019, no habrá taxis voladores en Los Angeles ni en Madrid ni en ninguna parte. El coche volador ha sido y será una fantasía, un sueño de Ícaro tecnológicamente declinado, la matriz de inagotables visiones futuristas de aviones y heligiros individuales. En la práctica el tráfico terrestre seguirá dominando sin rival.

La taxista, una rubia fornida de fuerte acento eslavo, coloca sin esfuerzo las pesadas maletas en el baúl y se pone al volante. Arranca y le comenta los últimos cotilleos, rumores e informaciones recibidos través del GPS polivalente. Muchas son emitidas por los viajeros recién desembarcados o por los empleados del aeropuerto. Transmitidas por twitter, email, SMS, aluden en su mayoría al atasco en Migraciones. “¡llevamos una hora haciendo cola!, relampaguea una frase. “¡Propio de país tercermundista!”, estalla otra. “¡Al jefe de Traspuestos se le va a caer el pelo”, augura un empleado anónimo. La taxista despótica contra los cuellos de botella que obligan a los suyos a hacer largas colas a la espera de que salga eyectado el aluvión de pasajeros malhumorados.

Se adentran en la ciudad y la densidad del tráfico les obliga a circular lentamente. Cediendo a un reflejo casi instintivo, el viajero encenderá su PDA y al punto se convertirá en el destinatario de una avalancha de datos procedentes de innumerables fuentes. La portabilidad se ha vuelto la regla: una panoplia de artefactos garantiza el acceso a Internet en todo momento y la tarifa plana de banda anchísima permite la descarga de volúmenes ingentes de datos. Todo eso gracias a las reiteradas intervenciones de las autoridades reguladoras en pos de una mayor competitividad y contra la voluntad de los operadores locales, empeñadas en mantener tarifas por encima de la media europea.

En el alud que llega a su agenda, a su celular y a su notebook, hay información mezclada con propaganda política, opiniones de gente común, chistes, emails, publicidad, insultos... A muchas personas, como a su taxista, este *boca a boca* electrónico les resulta más creíble y útil que la información emitida por las fuentes tradicionales, cada vez menos fiables para las audiencias.

De inmediato, una sucesión de mensajes lo pone al tanto de los espectáculos, exposiciones y novedades de la neomovida madrileña más afines a sus gustos. Este servicio instantáneo, certero y gratuito se ha hecho posible gracias a los sistemas rastreadores inteligentes que filtran automáticamente el maremagnum comunicativo, jerarquizan su relevancia, lo clasifican, desmenuzan y distribuyen en distintos servidores que las reenvían a

velocidad fulminante de acuerdo a los perfiles de cada usuario manejados por los bancos de datos internacionales.

En la pantalla incrustada en la parte posterior del asiento del taxista se suceden imágenes con los logos de corporaciones estatales (ayuntamiento de Madrid, comunidad de Madrid, gobierno central) y privadas (Aeropuertos Españoles, Metro de Madrid, etc.). Cada una dispone de segmentos propios en el flujo informativo. Las noticias más importantes están patrocinadas; las médicas lo son por laboratorios farmacéuticos, las económicas por los bancos, las políticas por la Portavocía del Gobierno; pero las referidas a la última matanza en Kazajistán no tienen quien las apadrine.

—¡Ja! -exclama con sorna la taxista— Se nota que de las malas nuevas huyen como de la peste.

Conductora y conducido entablan una animada conversación. Al pasajero le sorprende el conocimiento que tiene la mujer de las dinámicas noticiosas y le expresa su asombro.

—Es que hice el máster en comunicación de crisis de la Complutense -le confiesa ella con la cara ligeramente entornada hacia él—, pero ya ve la salida laboral que me esperaba....

140

El viajero se pregunta qué habrá sido de sus compañeros del doctorado en la Universidad Juan Carlos III. Le consta que varios de ellos trabajan en las empresas que elaboran los mensajes que se agolpan en su PDA, en tareas de supervisión, edición y marketing. Unos pocos han podido mantenerse como periodistas. En un mundo de información abundante y gratuita, sólo sobreviven quienes se dedican a proporcionar información a empresas o a profesionales, los únicos negocios de pago que no dependen por completo de los ingresos publicitarios. Decenas de miles de profesionales han debido reciclarse en tareas ajenas a sus estudios —como la de taxista—, y desahogan su frustración ejerciendo de *periodistas ciudadanos* o francotiradores de la blogosfera. “Menos mal que me dedico a estudiar la comunicación y no a gestionarla”, piensa aliviado para sus adentros.

Saturado de información, el viajero se distrae contemplando el tráfico que se desplaza morosamente por la A-II. Circulan autobuses propulsados por gas y por hidrógeno. Hay muchos coches eléctricos o mixtos, subsidiados por un programa municipal contra el aumento constante de la contaminación. Cada tanto, pasan delante de una *electrolinera*: estaciones de servicio en las que los conductores pueden cambiar baterías o hacer una recarga rápida de electricidad.

A ambos lados de la carretera se alzan grúas, un elemento ausente en *Blade Runner* y *Cíclope*. “La gente me dice que no resulta verosímil, pues faltan las obras”, comentó el director del cortometraje, Carlos Morett. En efecto, ¿qué sería Madrid sin obras? En su descargo digamos que el cine no registra imágenes de obras en construcción. Sacando *Things to Come* (W. Cameron

Menzies, G. Bretaña, 1936) y sus planos relatando la erección de Everytown, la utópica urbe alzada en las ruinas de Londres, el celuloide ha presentado a la ciudad del mañana reluciente y terminada, o en un lamentable estado de decrepitud. El Madrid de 2019 se distancia de ambos polos: seguirá siendo una metrópolis en incesante proceso de metamorfosis, aunque a un ritmo menos acelerado que en las décadas anteriores. La construcción se ha ralentizado al nivel de intervenciones puntuales, especialmente de rehabilitación y adaptación, conforme a los parámetros de sostenibilidad fijados por la Unión Europea, que continúa empujando el país a la modernidad.

El taxi se adentra en el centro. Aquí no se ven ruinas postmodernas. Una parte significativa de la ciudad huele a pintura fresca, a cemento secándose. Lo que cubre las fachadas son los andamios de pintores y albañiles, más que las pantallas con geishas insinuantes cantando el efecto anti-coagulante de las croquetas de algas (que las hay). A contrapelo del envejecimiento veloz de la arquitectura de *Blade Runner*, aquí los edificios destartalados conocen una segunda juventud.

La taxista lo deposita en la puerta de un hotel *chic* de Legazpi, el antiguo barrio industrial devenido parte del centro urbano. El viajero deja las maletas en su cuarto, mira por las ventanas y se percata de su nerviosismo. Para calmarse, baja a dar una vuelta por los alrededores. Se encuentra muy cerca del Parque del Manzanares, la gigantesca operación de peatonalización realizada en las riberas del Manzanares, que ha devuelto a la ciudad su río. A paso gentil, echa a andar por el paseo ribereño a la altura de los antiguos Mataderos, el impresionante centro cultural de estética post-industrial berlinesa, que alberga teatros, salas de exposiciones, invernaderos y cuerpos de danza.

Un par de cuadras más arriba, se topará con la futurista pasarela que cruza el Manzanares: el puente diseñado por el arquitecto Dominique Perrault. La estructura anillada comunica los distritos de Carabanchel y Arganzuela, salvando el río que ahora corre caudaloso por decisión del Canal de Isabel II. El Manzanares ha dejado de ser el riacho al que Alejandro Dumas, compadecido, le arrojó un vaso de agua para calmar su sed. En la otra margen florecen las áreas por donde la ciudad se ha expandido: Vallecas, Vicálvaro y Villaverde. Esos distritos antiguamente deprimidos combinan adefesios y asimismo experimentos como el *eco-barrio* de Castañar, un racimo de edificios y viviendas con ventilación cruzada, soleamiento y muros con inercia térmica que aíslan del frío y el calor; una red de reciclado del agua cloacal que abastece los dispositivos de riego, y un sistema centralizado de producción de calor que abastece a los edificios, más eficiente que la calefacción individual. Los *eco-barrios* se han tornado la regla obligada del planeamiento urbano.

Más allá, fuera de la vista del viajero, los viejos galpones de la fábrica Boetticher albergan la *Catedral de las nuevas tecnologías*. Además de un centro de software libre, la institución nuclea un vivero de *start-ups* dedicadas a explotar los más variados nichos del mercado, en especial el

iberoamericano. Los complejos análisis estadísticos de los movimientos de los internautas han propiciado un salto en la mercadotecnia de la Red, y con ello un floreciente mercado de información sobre la información, vale decir, la venta de datos sobre el comportamiento de los navegantes. La *sociedad del conocimiento* aporta sumas crecientes a las cuentas madrileñas, aunque la economía nacional continúa dependiendo del turismo, las finanzas y la construcción.

Paseantes y ciclistas avanzan por sendas arboladas de varios kilómetros de extensión, por donde antaño corriese la M-30, la primera autopista de circunvalación. No es el único caso de peatonalización a gran escala. Para tener el tráfico a raya se tomaron medidas drásticas, siguiendo los pasos de otras ciudades europeas. El casco histórico ha sido casi totalmente peatonalizado. Un ejemplo: el Paseo del Prado, cuyo nombre ha vuelto a tener sentido tras la reforma que eliminó cinco de los trece carriles reservados al tránsito automotor. Allí se ampliaron las aceras ganando espacios para el peatón y el nuevo arbolado. En total, el paseo ha ganado más de tres mil árboles.

Precisamente, los árboles que crecen por doquier contrastan con las *junglas de cemento* de *Blade Runner* y *Cíclope*. Si en algo han tenido continuidad las políticas municipales ha sido en el afán por poblar de árboles aceras, parques e incluso banquinas (ejemplo: el gran anillo forestal mitiga la *huella* visual y acústica de la M-40, la otra gran vía de circunvalación). La Corte y Villa cuenta con más de novecientos mil especímenes, el triple de 2009 y casi uno por cada tres habitantes, la ratio recomendada por la Organización Mundial de la Salud para conseguir un aire respirable. Mas la fronda aún no logra disipar la *boina* gris-rosácea de partículas que se cierne sobre la ciudad.

142

Todo eso ha contribuido a valorizar las propiedades, claro está. Casi no quedan barriadas pobres. Por añadidura, la urbe se halla al borde de agotar su capacidad expansiva. Casi todos los huecos se han ocupado; de aquí que su padrón apenas sumase treinta mil habitantes más en la última década, estabilizándose en 3.230.000 residentes. Como ocurrió en otras capitales al norte de los Pirineos, la gentrificación de Madrid expulsa a sus hijos menos pudientes, pero ninguno emigra a las colonias del espacio exterior (el único astronauta español, Pedro Duque, no ha tenido émulo hasta la fecha); se resignan a mudarse a distancias antes impensables, a Segovia o a Toledo.

Pese a lo avanzado de la hora, el número de transeúntes en el parque no mengua: un buen indicador de que el caos y la violencia no se han adueñado de la ciudad, como sí ocurre en las películas mentadas. El Madrid de 2019 es relativamente seguro. Los brotes de violencia se concentran en barrios conflictivos de la periferia, en las discotecas donde las peleas continúan siendo un rito adolescente de masculinidad. En general, el proceso de integración de los inmigrantes —los latinoamericanos, en particular— se

ha realizado de manera más o menos fluida y no se han creado bolsones de miseria. El principal caos que amenaza a la ciudad es el urbanístico.

Donde sí se observa cierta semejanza con las visiones de *Blade Runner* y *Cíclope* es en la abundancia de caracteres orientales, el reflejo gráfico de la presencia de chinos, japoneses, coreanos y otros asiáticos. Mediante ese ícono Ridley Scott quiso connotar el nuevo crisol de razas definido por la inmigración oriental y la huida de los blancos ricos a las colonias espaciales; Morett en cambio se propuso plasmar la enésima versión del *peligro amarillo* (*Quería mostrar la ciudad de Madrid controlada por los japoneses*, declaró). Lo cierto es que el viajero, que llevaba años sin venir, no deja de percibir el cambio del paisaje humano: las familiares fisonomías españolas han perdido la hegemonía en el mar de caras asiáticas, africanas, búlgaras, polacas, magrebíes, italianas, y mestizas de todos los pelajes. La diferencia se reparte por líneas de edad: la *raza blanca* predomina en las personas mayores; las otras etnias y los mestizos, en los más jóvenes. Los niños inmigrantes de los '90 ya son veinteañeros altos y atléticos, producto de la buena calidad de vida.

- 143 De la variación en los componentes de la población se han hecho eco finalmente los anuncios, reflexiona el viajero. En las marquesinas de plasma dispersas por el parque se nota la adaptación de los mensajes a esa realidad; los modelos publicitarios responden ahora a un patrón étnico más abigarrado (los rostros andinos, por ejemplo, no aparecen ya sólo en avisos de transferencias de remesas, sino incluso en los de automóviles o robots de cocina).

La caminata transcurre bajo un cielo despejado. Ni una nube en la bóveda oscura (el resplandor generado por la iluminación exagerada se ha tragado a todas las estrellas). Aunque el Manzanares baja caudaloso, las fuentes del parque están cerradas. Ni un átomo de humedad flota en la atmósfera. El cuadro no puede diferir más de ese Los Ángeles siempre bañado por una lluvia corrosiva que aplasta a todos contra el suelo cochambroso. Este año no caerá una gota y se prolongará el diáfano cielo madrileño, los veranos tórridos y los otoños e inviernos suaves. La temperatura media no para de subir —incluso ahora, en pleno noviembre— y la nieve escasea en la sierra, amenazando con desterrar al esquí y demás deportes de nieve. La sequía que se arrastra desde 2015 ha forzado a restringir el consumo de agua, subir la tarifa y aumentar el reciclado (aunque todavía la población se resiste a beber aguas servidas debidamente tratadas).

El paseo continúa. En uno de los tantos bares del parque, una mujer sentada escribe frenéticamente en su mini-notebook. La escena le confirma lo que le habían advertido sus colegas: el creciente uso femenino de las nuevas tecnologías. El ciberespacio español, un mundo tradicionalmente masculino desde su génesis, se está transformando en un espacio mixto, sobre todo en las franjas de edades más jóvenes: los usuarios adultos siguen siendo mayoritariamente varones.

Nuestro viajero, llegado a las puertas de la Casa de Campo, decide que ya ha caminado bastante y gira sobre sus pasos, rumbo al hotel. Le gustaría repasar su presentación antes de irse a la cama. Mañana le tocará exponer en las jornadas de la Universidad Juan Carlos III, a las que lo han invitado gracias a unos fondos de cooperación académica internacional, y no quiere fallos.

Conecta su memoria portátil al teléfono celular y éste proyecta sobre una de las blancas paredes de la habitación una imagen de casi dos metros de lado. Rápidamente, repasa el Power Point (sí, todavía se utilizará el Power Point, en una versión muy mejorada) y las ideas clave expuestas en cada diapositiva. Se trata del resumen de un estudio de inter-cepción con audiencias argentinas: un análisis polifactorial de los mensajes personalizados enviados a los espectadores por la productora de *La Murga desnuda* y las respuestas de éstos a lo largo del programa televisivo. La inter-cepción es el campo especializado en la interacción y recepción de mensajes de públicos multimediáticos.

En la nueva esfera pública, gran parte de la comunicación circula por redes sociales; la suerte de una película o una canción se decide en la cadena de comentarios de *críticos* espontáneos, más que en los canales persuasivos de la publicidad o la crítica profesional. Los medios de comunicación constituyen aún un actor importante, pero no dominante, cosa que trae de cabeza a empresarios, anunciantes y políticos, que ya no pueden fiarse de ellos para auscultar la opinión pública. Cansados de que sus mensajes se pierdan en la maraña de la semiosis ilimitada, pidieron auxilio a la academia. Tales encargos han fomentado una auténtica industria en las disciplinas de la comunicación, aunque el viajero teme que, dada la fulminante rapidez con la que mutan las conductas de los sujetos, las conclusiones queden obsoletas antes de llegar a los clientes.

144

Pero no es eso lo que le tortura. Por encima de todo teme el encuentro con Salustiano Del Morro, el máximo *capo* en estudios de inter-cepción de habla hispana. El catedrático de la Juan Carlos III, su antiguo director de tesis, le hizo doctor y le infundió conocimientos vitales. Después de ello, le envió a Latinoamérica, su tierra de origen, con el cometido de llevar a cabo importantes investigaciones y, sobre todo, promover como un evangelista el pensamiento de su *padre* intelectual. Cumplió su misión con creces: organizó seminarios, impartió cursos de doctorado, abrió filiales del instituto de su mentor. Sin embargo, recientemente un videomail de éste le informó que el proyecto se había acabado, y con él los cuantiosos fondos que manaban desde hacía cuatro años. El viajero siente peligrar su nivel de vida y su status profesional. Es imprescindible que Del Morro prorrogue el proyecto o lo meta en otro similar, y para ello necesita una cita a solas, que hasta ahora aquel se ha resistido a concederle. Por suerte sabe donde vive y si hace falta se presentará en su chalet, en el country de Matalascañas, y utilizará todos sus recursos hasta arrancarle unos años más...